

**P**ARTIENDO de la sorprendente amplitud de la región histórico-geográfica que cubre el ciclo verniano de los *Viajes extraordinarios*, Jean Chesneau ha escrito un libro (1) sobre el novelista francés, en el que se atiende en primera y casi única instancia a la incidencia que los acontecimientos histórico-político-social-económicos tienen en la vasta obra de un escritor comúnmente restringido al ámbito de las lecturas juveniles, y tópicamente identificado como el precursor de la llamada literatura de «ciencia-ficción».

Para Chesneau, el empeño de Julio Verne se cifraba en un intento de superación de la realidad ambiente. Si en el título de su ciclo se pone el acento sobre la partida, la aventura, lo insólito, con el subtítulo, *Mundos conocidos y desconocidos*, queda de manifiesto la necesidad de borrar las líneas divisorias, las fronteras rígidas, entre la realidad conocida y la que está más allá de nuestro alcance o comprensión. Para acceder a ésta, Julio Verne utiliza con frecuencia la anticipación científica, e imagina un mundo no siempre ideal, por medio de las perspectivas que la ciencia y la técnica ofrecen al hombre. Pero, al propio tiempo, y al igual que H. G. Wells, Verne es un autor de «política-ficción», ya que en sus obras tiene tanta o más importancia que la especulación científica, la especulación sobre las perspectivas políticas y sociales que se abren al futuro de la Humanidad. Chesneau pone como ejemplo máximo *Los quinientos millones de la Béguin*, a la que califica como la mejor novela de «política-ficción» de todo el siglo XIX.

Por lo demás, la originalidad temática de Verne sólo es relativa. Utiliza en parte las antiguas epopeyas sagradas: desde el viaje iniciático hasta la ciudad feliz, pasando por el desafío del rebelde solitario y las fuerzas ctónicas, la imagen del hombre demiúrgico, el sueño de la sociedad ideal, el rechazo a las restricciones sociales y a las convenciones, la aspiración a la concordia universal, la fascinación de las riquezas y la aguda conciencia de su nulidad. Muchos de los héroes vernianos podrían colocarse junto a héroes míticos o héroes consagrados por la tradición literaria. Pero, en la opinión de Chesneau, el pensamiento político de Verne es algo más que un reflejo de ese «inconsciente colectivo» definido por Jung a través de su teoría de los arquetipos. El cons-

tante reflejo de situaciones históricas concretas en la obra narrativa de Verne, que abarca todo el siglo XIX (desde la expedición de Bonaparte contra Saint-Jean d'Acre, en 1799, hasta los movimientos nacionales búlgaro y noruego, que no culminarían hasta la obtención de la independencia, ya en el siglo XX) y que producen en las cinco partes del mundo, vendría a apoyar la creen-

cribe el romanticismo de Verne, manifiesto en su preferencia por las ruinas, los viejos castillos, los etéreos personajes femeninos, casi siempre con una apariencia irreal, y la multitud de personajes y episodios de corte romántico que pueden señalarse a lo largo de todo su ciclo narrativo, hasta el punto de que su abundancia llega a sorprender en un escritor tan ligado a la preocupa-

mano, etc. En cualquier caso, Verne intenta establecer las diferencias entre el criminal de «derecho común» y la insumisión política, entre el simple rechazo de la ley y el más complejo rechazo del orden social establecido. El capitán Nemo, de *Veinte mil leguas de viaje submarino*, sería la más espectacular, aunque no la única, ni mucho menos, manifestación del desafío que lanza a la sociedad el hombre de genio solitario. Abundando en esta idea, Chesneau recuerda la amistad que unió a Verne con Elisée Reclus, uno de los jefes de la *intelligentsia anarquista* entre 1880 y 1890, cuya afinidad podría encontrarse, además, en una pasión común para la geografía, entendida como ciencia del planeta tomado en su totalidad, por encima de los Estados y las fronteras, que para ambos son algo accidental y contrario a las leyes naturales. Otro gran amigo de Verne, Nadar, en principio sansimoniano, evoluciona más tarde hacia el anarquismo, evolución que debió ejercer su buen grado de influencia en el propio pensamiento del novelista.

Por el contrario, este pensamiento se vuelve más confuso cuando se concreta en la consideración del «salvaje», del «indígena». Por una parte, el «buen salvaje» encarna una vuelta a la Naturaleza y a los espacios abiertos, una fusión hombre-medio ambiental. Pero esta noción choca abiertamente con otro aspecto cuantitativo y cualitativamente, mucho más importante en la obra del escritor: el entusiasmo por el progreso científico-técnico. De esta contradicción nace la evidencia de que muchas veces, en las novelas de Verne, los pueblos «indígenas», colonizados, aparecen trazados con los rasgos inquietantes y antipáticos del racismo. Así, los negros son «miserables», cuando no «horribles bestias», «fieras con rostro humano»; los asiáticos presentan muy parecidos rasgos de ferocidad. El panorama cambia completamente, sin embargo, cuando el pueblo colonizado es europeo o americano (blanco, en suma). Noruegos, búlgaros, irlandeses, franco-canadienses, se alzan heroicamente contra la dominación de los perversos o arteros rusos, ingleses o alemanes, las tres naciones que son objeto de la ira francófila de Verne, que en ese sentido aporta su cuarto de espadas al tópico del francés chovinista. Es decir, en aquellos momentos en que el novelista se muestra claramente «anti-colonial», como en *Mistress Branican*, lo hace a costa de otras naciones europeas, y especialmente de Inglaterra, nunca de Francia. Y en último extremo, llega

## UNA LECTURA POLITICA DE JULIO VERNE

cia de Chesneau, ya que tal acumulación de datos místico-políticos no puede deberse a un simple (o complicado, según se prefiera) mecanismo inconsciente; resulta más verosímil pensar que Verne se encontraba fundamentalmente preocupado por ligar a sus ficciones de un modo muy concreto con la realidad de su tiempo, y que la diversidad de situaciones y conflictos simplemente aludidos o tratados como fuerza motriz del relato novelesco, responde tanto a una intención literaria como a la imposición de una mentalidad formada en las ideas del 48 francés, fecha en la que Verne cuenta veinte años y llega a París de la quietud burguesa del Nantes natal, donde reina la conciencia de que se inicia «la primavera de los pueblos». Chesneau analiza acto seguido y de un modo brillante la influencia que en el pensamiento literario de Verne ejercen las ideas sansimonianas y fourieristas, especialmente en la primera mitad de los *Viajes extraordinarios*. Una concepción idealista y humanitaria del mundo impregna toda esta parte de la obra de Verne; un mundo en el que los científicos y los sabios son los verdaderos hombres prometeicos del mundo moderno, que tanto o más que para el progreso científico trabajan para lograr la fraternidad y la concordia en las relaciones entre los miembros de las diversas comunidades humanas. Dentro de esta misma cosmovisión se ins-

ción por el progreso científico y técnico.

Esta extraña y a menudo confusa mezcla de romanticismo, socialismo utópico y científicismo, permite detectar la preferencia que a lo largo de toda la obra verniana se muestra por el individualismo libertario, que se concreta, en primer lugar, a través de dos temas constantes y aparentemente anodinos: el mar y los viajes. Chesneau cita un pasaje especialmente significativo de *César Cascabel*: «¡Cuántos habrán soñado a veces en un viaje en carreta a la manera de los saltimbanquis! ¡No inquietarse ni por hoteles, ni por albergues, ni por las camas inseguras, ni por la cocina, más insegura aún cuando hay que cruzar un país sembrado apenas de caseríos y aldeas! ¿Por qué los extranjeros son los únicos en conocer esta alegría de la "navegación en tierra firme"?». El mar, por otra parte, tiene en la obra de Verne la categoría de una noción filosófica: es la negación y la antítesis de la sociedad civilizada de tierra firme, con sus consiguientes restricciones. Chesneau señala también la presencia en esta obra de muchos de los temas familiares en la literatura anarquizante de la época: el error judicial, la equívoca posición ante la criminalidad, la simpatía hacia la evasión y el regreso a una libertad primaria e irresistible, la crítica a los agentes del poder del Estado y a las instituciones encargadas de la represión social, la exaltación del vigor hu-

(1) Jean Chesneau, *Una lectura política de Julio Verne*. Siglo Veintiuno, Editores. México, 1973. 264 páginas.



a justificar la aniquilación de las razas «inferiores» (ya se trate de australianos, tasmanianos, tártaros, indios americanos, árabes o negros) a manos de las «superiores», en gracia a un proceso ineluctable e irreversible. ¡Vaya por dónde tenemos aquí una insospechada anticipación (¿científica?) de Julio Verne!

En el plano religioso, Chesneaux señala en el pensamiento de Verne la confusión con que el novelista utiliza los conceptos de azar y providencia. Oficialmente «catolicísimo», Verne no se muestra casi nunca, no obstante, respetuoso con las instituciones eclesiásticas, y su posición no se reduce a la antítesis simplista entre piedad convencional y caricatura anticlerical. «El problema de una fuerza superior —dice Chesneaux—, que influye en el porvenir de las sociedades humanas y limita su actividad, es abordado en los *Viajes extraordinarios* muy seriamente». La contradicción surge cuando Verne da a entender que azar, destino o providencia no son ya modalidades de la intervención todopoderosa de Dios en tanto que Creador, sino que utiliza estos conceptos a un mismo nivel, haciendo uso de dos nociones distintas, de diferente procedencia, que provocan unos mismos efectos. De ahí que a veces Julio Verne se nos aparezca como un panteísta, que como hombre de arraigadas y profundas convicciones religiosas. Por lo demás, para el novelista, la influencia de Dios sobre las cuestiones humanas es relativa. Chesneaux cita el siguiente párrafo de *Petit Bonhomme* como ejemplo: «¡Pobre Irlanda! Jamás olvidaste glorificar al Altísimo, pero los hombres de buena voluntad no te asegurarán jamás la paz social concediéndote la independencia».

Todo el optimismo detectable en la primera parte de los *Viajes extraordinarios*, optimismo nacido de la fe de Verne en la Ciencia, en el progreso técnico, en las reservas inagotables que la Naturaleza guarda para el hombre, en la manifiesta superioridad de la raza blanca para implantar un orden universal basado en la libertad y en el triunfo de la justicia y del derecho, optimismo que augura un mundo en el que «Francia será el pecho vigoroso y París su corazón», se ve matizado, cuando no gravemente afectado, por cierto grado de pesimismo vertido en la segunda parte del ciclo, y especialmente en las últimas novelas, en las que es verosímil presumir la influencia del hijo del escritor, Michel Verne. Los aspectos positivos se ven amenazados de forma inquietante por oscuras fuerzas surgidas del mis-

mo seno de la sociedad: el mercantilismo, la fiebre del oro, estableciendo artificiales modos de valoración; el dinero, que piensa que todo tiene precio (y de hecho, hasta los viejos héroes científicos vernianos dependen ahora de él), el maquinismo, la deteriorización del medio ambiente (aquí Verne se nos aparece como un estudioso de la Ecología, *avant la lettre*), etcétera. Por lo tanto, la vigencia de los *Viajes extraordinarios* habría que buscarla en el hecho de que planteaban ya, con todo el atractivo literario del siglo XIX, el gran siglo de la novela, los problemas a los cuales el siglo XX no ha podido escapar, y no en ciertas anticipaciones científicas, que, a esta luz, aparecen como secundarias.

Siguiendo este razonamiento, Chesneaux arremete contra los críticos estructuralistas de Verne. Estos, pretendiendo hacer una lectura «plural», convierten a la obra en un sistema de signos y códigos, vaciándola de toda significación. En su análisis de *La isla misteriosa*, Roland Barthes afirma que «el poder transformador del ingeniero es un poder verbal» y un explicador «provisto de un código transformacional muy seguro». Lo que importa es el discurso, «y la ciencia no está allí más que para corroborarlo». Para Chesneaux, esta lectura ni siquiera tiene en cuenta el extraordinario «salto adelante» que constituye la revolución industrial en Occidente, y si

bien señala la importancia que tiene en la novela el tema de la colonización, lo reduce acto seguido a un «subcódigo del tema adánico». La diferencia fundamental entre Chesneaux y Barthes no estriba en que el primero niegue la relación existente entre lenguaje y sociedad que afirma el segundo, sino que para Chesneaux esta relación se establece en orden inverso al propuesto por Barthes. En resumen, la pretendida lectura «plural» prescinde en realidad, si no rechaza explícitamente, cualquier tipo de lectura histórica o política, hecho que señala Chesneaux refiriéndose a otro crítico estructuralista de Verne, Michel Serres, al cual acusa de sustituir una lectura de la obra de Julio Verne por una lectura onírica de la obra de Julio Verne. Juego intelectual muy agradable, sobre todo para el ejecutante, pero que hace total abstracción de las mediaciones que ligan a Verne —como a cualquier otro escritor— con su época. Muy distinto enfoque es el de Antonio Gramsci —uno de los primeros lectores «políticos» del novelista francés—, quien toma como ejemplo la anglofobia de Julio Verne para explicar lo que entiende como novela popular, ya que este antibritanismo es «un elemento profundo de la psicología popular francesa, que se remonta a la formación de la Francia moderna, desde Juana de Arco a la Revolución Francesa y Napoleón».

Por todo lo dicho hasta aquí, la publicación en castellano del libro de Chesneaux resulta importante, tanto por el interés intrínseco que el estudio tiene en sí, como por cuanto aclara sobre el sentido de una obra de difusión mayoritaria y popular a través de varias generaciones, y también por cuanto propone un método de crítica literaria tan escasamente frecuentado por nuestros estudios. ¡Cuántos de nuestros escritores no merecían una lectura «política» rigurosa y documentada como la que Jean Chesneaux hace de Julio Verne! De quien, por cierto, no se omiten las contradicciones básicas existentes entre su pensamiento público y su pensamiento literario. Como buen burgués, consejero municipal y miembro de la Academia de Amiens, hijo de un abogado nantés, casado con una rica viuda de Amiens (nacida Du Fraysne de Viane, nada menos), Julio Verne sigue una carrera típicamente burguesa, cuyo móvil principal es desde el principio «hacer dinero». Su carrera de escritor está marcada por el signo de la «producción», en el sentido económico de la palabra, y nunca, desde luego, como los «insomnios febriles de un hijo del siglo». El éxito inmediato de sus libros (a partir del momento en que Hetzel, su editor, acepta publicar en 1862 su primera gran novela, *Cinco semanas en globo*) le permiten no sólo abandonar la Bolsa y dedicarse íntegramente a la literatura, sino también retirarse en 1872 a Amiens, tras efectuar numerosos cruceros de placer en un yate suntuoso, a los que se permite invitar a personajes con «título». En una de sus escalas en Roma, es recibido en audiencia pontificia por León XIII. Cuando se toma el trabajo de hacer declaraciones políticas, son del siguiente orden: «La guardia meterá en vereda a esos energúmenos (se refiere a los sublevados de la Comuna). Solamente la República es el gobierno que tiene el derecho de no tener piedad con las fieras, ya que es el gobierno querido por la mayoría de la grey». «Yo, que soy antidreyfusiano del alma», diría en 1895. Y escribiéndole a Mario Turiello, un joven corresponsal italiano, lector incondicional suyo, dice: «Usted ha realizado un estudio sobre J.-J. Rousseau. Está bien. Usted tiene sobre Rousseau opiniones muy personales. Yo no las comparto. Si como escritor fue grande, como hombre privado fue un miserable, y la mayoría de las ideas que difundió son detestables». Basten estas citas, entre tantas y tantas posibles, como botón de muestra. ■ MARTIN VILUMARA.